

El Eco de Cartagena

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

SEGUNDA EPOCA

A la Patrona

Un nuevo día amanece por Oriente. Inocentes resplandores que fulgurán acompañados de estampidos horriblos nos anuncian que la trágica tormenta que se desarrolla en lejanos países avanza a pasos agigantados hasta nuestra casa solariega y que lo que en un principio se consideraba como locura pasajera, sin consecuencias para nosotros, va contagiando nuestros organismos nacionales y nos amenaza de nuestro propio suelo.

Incalculable es el inmenso daño que a nuestra amada España ocasionaría una revolución social semejante a la que contemplamos en el extremo Oriente, y que a ello vamos empujados por mil factores interesados en el desquiciamiento de nuestra querida Patria no hay quien lo dude.

Por esta razón necesitamos más que nunca de buenos gobernantes, iluminados por divinos destellos, que conjuren el peligro y nos libren de la guerra interna y externa que, cual lobo hambriento, nos amenaza.

Y como es Dios, con su bondad infinita, quien solo nos puede salvar de ese castigo, he ahí por qué el monstruo apocalíptico trata de contrarrestar, hoy más que nunca, el suave influjo de la cruz con la bandera de Cristo en una mano y la espada de la razón en la otra para dar su vida por Dios y por la Patria, denodada y desinteresadamente, cual corresponde a los Cruzados modernos.

Bien quisiera el Monstruo de las siete cabezas vencer en esta lucha titánica entablada, aún a trueque de clavar la cruz en el fondo de su corazón de siete capadas de dolor que hacen derramar tan copiosas lágrimas a nuestra benditísima Madre de los Dolores, pero se estrella ante la actitud de los buenos españoles, católicos, patriotas, amantes de sus tradiciones y decididos defensores de su Dios y de su Patria.

Por eso hoy no sirven los soldados cobardes, los que buscan primero su bienestar material, los que no dan la cara decididamente por Cristo y están dispuestos a los mayores sacrificios, hasta el de su vida, por salvar a nuestra querida España de toda pasión bestial.

Y esto mueve hoy nuestra pluma a impetrar de nuestra bondadosísima Madre la Virgen Santísima de la Caridad que nos conceda gobernantes probes y que les dé las luces necesarias para llevar la nave del Estado por entre el mar proceloso de las pasiones que agitan al mundo; que sus hijos le sean fieles y fervorosos hasta el morir y que España y Cartagena sean como la hermosa concha donde se guarde la rica perla del Mediterráneo que por sus bellas irisaciones cautiva y ejemplariza a todo el orbe.

LA REDACCIÓN

A María en sus Dolores

¡Salve, Virgen dolorosísima, mar de quebrantos, piélagos insondable de amarguras y aflicciones!

Al pie de la Cruz padecisteis acerbos dolores con vuestro divino Hijo pendiente de ella; uno mismo fué el holocausto de ambos: el de Jesús, en la sangre que corría de todo su cuerpo; el vuestro, por decirlo así, en la que corría de vuestro Corazón.

Con vos queremos compartir vuestras penas y angustias; hacednos participantes de vuestras glorias.

La sangre de vuestro divino Hijo empapó la tierra para que brotara la santidad; haced que esa misma sangre funde nuestros corazones y encienda en ellos la ardiente, fervorosa y celestial caridad.

Joaquín Catá Dorda.

FOTOGRAFIA ARTISTICA de
J. CASAU
Osuna n.º 3, (antes Cañón)

Es nuestra Madre...

Esta frase que brota del corazón la repiten los labios de todos los hijos de Cartagena, cuando fervorosos se posturan hoy ante el altar de la Santísima Virgen de la Caridad formando un trono de amores sobre el cual reposa la bellísima imagen de la Reina de los Cielos... Es nuestra Madre dicen los buenos cristianos, los católicos prácticos, mirando a la Cruz que la Virgen nos presenta como trofeo de la más grande de todas las victorias y cátedra sublime que nos enseña nuestros deberes... Es nuestra Madre... nos ha enjendrado al pie de la Cruz con un amor sin límites y un dolor sin medida... Es nuestra Madre... madre universal en virtud de la cláusula tercera del Testamento de su Hijo.

Somos hijos de María: Si filii et haeredes... hermanos y herederos de Cristo; ved el fundamento sólido y verdadero del gran problema que no han acertado a definir ni Grecia con sus sabios, ni Roma con su razón escrita, ni las inteligencias privilegiadas de ayer ni los falsos políticos de hoy; ved ahí el principio de la fraternidad cristiana, de la santa igualdad y de la verdadera libertad de hijos de Dios, contra la cual, como potente bloque vienen a estrecharse esa igualdad que divide, esa libertad que encadena, esa falsa fraternidad que asesina.

Es nuestra Madre que por todos se interesa y para todos obtiene bendiciones y gracias. Así lo comprendió San Pablo, diciéndola Madre de Dios, María, es mi Madre.

¡Mi Madre dicen los Apóstoles, mi Madre los Evangelistas, mi Madre San Juan Crisóstomo, San Agustín, en sus obras también lo repite San Buenaventura mi Madre decía al pie del Altar de la Virgen en la Catedral de París el inordinado Lamontaine, gravemente enfermo, mi Madre decía Luis XIV invocando a la Dolorosa!

María es madre de todos... Los hijos de esta nobilísima Ciudad prácticamente están convenidos que su Virgen de la Caridad los ama y ellos corresponden también con amor, pues si este no existiera se apagaría el Sol, el amor mueve los Astros y las voluntades, pues todas las obras de Dios están hechas para el amor...

Amemos a la que es nuestra Madre y al postarnos ante su Altar en actitud suplicante, como deben hacerlo los buenos hijos, digámosle, ¡Madre nuestra, Santísima Virgen de la Caridad, salvadnos!

Cartagena 22 de Marzo 1918.
José Aguiar Guerra.
Cura del Sagrado Corazón de Jesús.

El día de la Virgen de la Caridad

Hoy es la fiesta grande de Cartagena, Es día de la Virgen de los Dolores, De la mujer más digna de los amores De la madre más santa, amorosa y buena. Virgen, píldora y triste, de tez morena, Y con ojos más bellos que resplandores, Boca, de donde manan claros fulgores, Y frente, como su alma, pura y serena. Cartagena recibe sus bendiciones, Y de sus hijos oye las peticiones Concediéndole todo, cuanto le imporan; Y, como siempre grato, viene su día, Cartagena lo espera con alegría Y sus hijos amantes, de gozo lloran

Antonio Sintas

Cartagena 22-3-18

EN LA CARIDAD

Desde la madrugada de hoy comenzaron a celebrarse misas en la Consagrada iglesia de la Caridad viéndose el templo completamente lleno de la clase obrera que antes de comenzar sus diarias faenas del trabajo fueron a dicha iglesia para elevar sus oraciones a nuestra excelsa Patrona.

A las diez se celebró la función religiosa oficiando la misa el Cura de la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, interpretándose a gran orquesta y por las voces de capilla la misa del maestro Ciner, bajo la acertada dirección del maestro señor Ureña.

En dicha misa tomaron parte la distinguida señora de Serrano y la bellísima señorita Caridad Arnau.

La cátedra del Espíritu Santo fué ocupada por el coadjutor de la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen.

Al acto asistió entre otras una comisión del Ayuntamiento compuesta por los señores Vacutero, Madroño, Sanz y Ilerca.

LA VIRGEN de la CARIDAD

¡Mirémosla bien...

Es el espectáculo más triste y desgarrador que puede presentarse en el mundo. En vano Arataria el arte de reproducir una escena más conmovedora...

Quien no haya perdido el sentimiento humano y lo contemple con reflexiva y sosegada vista, sentirá indudablemente que a su corazón le oprime tal angustia que hasta el respirar le dificulta, y le fuerza a rendir por sus afligidos ojos el involuntario tributo de compasivas lágrimas. Contemplar en efecto a esa delicada Madre, angustiosamente abrazada con el yerto y desgarrado cadáver del Hijo, al pie mismo del afrentoso patíbulo... Verla cómo estrecha al exangüe Hijo entre sus maternales pechos, cual si pretendiera devolverle la vida... Mirar el ansia con que la pobre Madre arranca las crueles espigas, fuertemente clavadas en la hermosa cabeza del inocente Hijo...

Ver todo esto, y divisar en las delicadas facciones de la Madre el dolor más intenso con la resignación y conformidad más sublime; mirar, repito, ese espectáculo sin igual, y quedarse con los ojos enjutos, y no sentirse hondamente conmovido, es no tener corazón o tenerle más duro que el bronce y más tenaz que el acero, pues *lloró el mismo puñal al romper su Corazón*.

Pero hasta aquí no hay más que sentimiento puramente natural y la compasión que ha de inspirarnos la Virgen de la Caridad debe ser más intensa todavía, porque la causa única del incomparable dolor de la Virgen, nos toca muy de cerca... ya que *por nuestra culpa y para nuestro bien*, sufrió la Virgen esos acerbos dolores, como sufrió Pasión y Muerte su amantísimo Hijo. Mirémosla, pues, a la Virgen de la Caridad del modo que quiere ser. Ella mirada. Compadezcámosla y llorémos ante Ella, pero sin olvidarnos de la causa de sus dolores y de los dolores de su divino Hijo. *No lloréis por mí, sino llorad por vosotros y por vuestros hijos*, dijo el mismo Jesucristo a las jerusalimitanas que lo iban a seguir en camino del Calvario.

¡Amémosla mejor!

Se tendrán por muy afrenados cualquiera católicos de Cartagena, si pusiéramos en duda su amor a la Virgen de la Caridad. Mi veos ha desfilado ante su veneranda Imagen la ciudad entera y estaría desgustada ya aquella por los besos de sus amantes hijos, si tuvieran éstos la dicha de haberse llegado hasta Ella. Esta Imagen bendita preside todos los hogares, ora en aristóteles grupo escultórico, ora en lujosos cuadros al óleo con ricos marcos dorados, ora, en fin, en hermosas oleografías o sencillas estampas encerradas en toscos marcos de pino o apogadas a la pared. No pueden desprenderse de la Virgen de la Caridad los buenos hijos de Cartagena y Ella ha de acompañarles siempre en sus viajes por mar y tierra. En todos los pechos han de latir los caprichosos imperdibles con la Virgen bendita; de todos los cuellos deben colgar las *gargantillas* de plata u oro, o las humildes medallas de aluminio; ni en las pulseras ni en los cierralibros de goma de los

Esperanza nuestra

Cuando la tempestad arrecia, Madre mía, cuando el huracán parece arrastrarlo todo y la confusión impera y se extiende por doquier abatiendo los ánimos más activos y abrumando las inteligencias más claras y perspicaces, no hay otra esperanza que llegue al alma y mitigue la ansiedad que nos afije que alzar la vista hacia tu altar y recoger de tu corazón dolorido al pie de la Cruz el remedio para tantos males como nos rodean.

¿Qué hacer, Señora mía, y dónde vislumbra un rayo de esperanza?

Cuando los cielos se nublaron y la obscuridad de la noche lo envolvió todo y Tú, María, abrazada al cuerpo yerto de tu Divino Hijo sentiste desgarradas las entrañas por el más acerbado de los dolores, sola en tu aflicción, abandonada de las oratorias, confundido y alocado todo, ¿qué hiciste, Tú, Virgen mía? ¿Adó tornaste tus ojos claros, serenos que recibiste fortaleza para tu cuerpo y luz para tu alma?

En nuestro derredor sólo hay miseria; a las calamidades propias de cada hogar en estos momentos difíciles hay que añadir los infortunios del hogar patrio, los inquietudes y azobras que

bonitos devocionarios pueda faltar el *ello y contraseña* de los hijos de Cartagena, la Imagen querida de la Virgen de la Caridad. Nadie podrá jamás poner en duda esa entrañable amor que a la Virgen tienen los nobles hijos de Cartagena.

Pero... ¡amémosla mejor!

La fe nos enseña que la Pasión y Muerte de Jesucristo nuestro adorable Redentor y los dolores de su Madre Santísima, Corredentora del linaje humano, fueron la amarga consecuencia y la explicación del pecado, como dice el Apóstol San Pablo, escribiendo a los fieles de Roma (I, VI, v. 10.)

Sabemos de igual manera por el mismo Apóstol, que los que pecan mortalmente, (en cuanto es de su parte) *crucifican de nuevo en sí mismos al Hijo de Dios y se exponen al escarnio.* (Hebr. 6, v. 6)

La consecuencia, católicos, es inmediata y sin tergiversaciones:

Si queremos ser verdaderos amantes de nuestra excelsa Patrona, la Santísima Virgen de la Caridad, es indispensable que evitemos el pecado, causa de sus intensos dolores y si lo hemos ya cometido lo *lloremos* y durante este breve tiempo de Cumplicimiento Pascual, lo *contemos* arrependidos, conforme al precepto de la santa Iglesia Católica.

Enseñen las madres a sus hijos y las abuelas a sus nietecitos el modo como quiere la Virgen de la Caridad que la miremos... En éntenos a amaria del modo que quiere *Ella ser amada*... y estas enseñanzas darán segura orientación a los pequeños durante la travesía borrascosa de la vida, siendo la Virgen de la Caridad su áncora de salvación en los naufragios, y la apacible estrella que les conducirá a seguro puerto.

Afortunadas serán las familias en las que tan hermosas lecciones se practiquen. La Santísima Virgen de la Caridad les acompañará siempre complacida, así en las alegrías íntimas, como en las horas de suprema angustia para el hogar; y la sombra bienhechora de su Imagen se extenderá sobre él tumbado como manto de protección y segura prenda de dichosa inmortalidad.

Si de tal suerte miramos y amamos a la Virgen de la Caridad, atraeremos ciertamente hacia nosotros su amor y sus maternales miradas. ¡Cuántos hijos de Cartagena necesitan de las miradas de amor de esta dulce Madre! ¡Cuántos se olvidan de tan buena Madre que sufre por verlos a ellos olvidados de su amor y de sus dolores!

Digámosle todos en este día: *Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos*. Vuévelos a los hijos prodigos... Vuévelos a los que te aman y a los que te odian, porque odian a tu Divino Hijo, porque odian a la Religión por Él fundada... Vuévelos, sobre todo, a nosotros que te amamos... y envuélvete a la ciudad entera en las benéficas ondas de tu amor, para que ni uno solo de sus moradores deje de sentir siquiera en este día, las maternales influencias de tu Caridad.

R. M.ª F. C. M. F.

aflijen a la Madre España. Las instituciones y los organismos más sólidos y vitales de la nación comuérvanse azotados por el vendaval de una política egoísta, sin Justicia y sin Dios; nuestros gobernantes andan y saltan por caminos de dudas y temores sin luz en la inteligencia, sin patriotismo y sin Fé; las tinieblas de la revolución avanzan perturbadoras amenazando la tranquilidad pública; las llamas del voraz incendio que devasta y aniquila a las naciones beligerantes, se extienden e llegan hasta los campos y pueblos neutrales que sufren empobrecidos sus efectos; y en medio del conflicto, cuando los ojos se cierran por el desfallecimiento y la mente rebusa el pensar, porque anonada y espanta, despierta nuestra Fé dormida dentro del pecho y álzase la vista hacia tu trono de amargura, Reina mía, y sólo de ese grupo sublime que formas abrazada a Jesús sacrificado por nuestra salvación, surgen destellos de esperanza que esclarecen y dan fortaleza al espíritu.

Sólo avivando la Fé y levantando la mirada con el pensamiento hacia lo Alto desciende el dulce refrigerio que mitiga y consuela.

En Ti, Virgen de la Caridad, Patrona de mi tierra, está nuestra esperanza, ¡salvámos!

Antonio Navarro Ruiz

A la Virgen de la Caridad

El libro de oro de Cartagena

Hoy es el día más grande para los cartageneros, es el día de nuestra madre amantísima la Virgen de la Caridad, la que desde niños guía nuestros pasos por la vida, consolándonos en nuestras aflicciones y prestándonos valor para seguir la dura lucha por la existencia.

Quisiéramos dedicarle como humilde tributo de cariño y gratitud unas páginas bellas, menos bellas que lo que merece su amor bien probado hacia nosotros. Pero la rudeza de nuestro lenguaje nos impediría hacer algo digno de su grandeza.

Junto a mí tengo una modesta publicación que todos los años nos visita y que se titula «Cuentas del Santo Hospital de Caridad», ese libro de oro de Cartagena que pregoná la generosidad de nuestra tierra tan pródiga en obras de misericordia. Repasemos sus páginas y la emoción nos domina sin cesar al leer aquellas sentidas demostraciones de afecto que los cartageneros consagran a su Virgen querida.

Ya que nada podamos escribir que sea digno de nuestra Virgen permitámonos recoger en estas cuartillas algunas de esas muestras de piedad y de amor que aparecen estampadas en las «Cuentas del Hospital». Sean ellas las que hablen hoy por nosotros a la Virgen cartagenera.

— Madre mía. Las cinco pesetas que me ofreció porque me salvaras a mi niña. Tu hija que no te olvida.

— Virgen Santísima. Te doy esta peseta en obsequio de los míseros favores que me concedes. Te mereces muchísimo más, pero ya sabes que no puedo. Madre Santísima sígueme protegiendo que hoy más que nunca necesito tu amparo.

— Virgen mía. Por tantos beneficios como tengo recibidos de vos y para que me sigáis protegiendo como hasta aquí.

A la santísima Virgen de la Caridad. Dadnos suerte, madre mía y protégenos que no tenemos otro amparo que el vuestro.

— Virgen Santísima de la Caridad. Las diez pesetas primeras que he ganado, son para tus pobres enfermos. Dame salud, ampárame en mi soledad y dame fuerza de voluntad para seguir adelante.

— Madre mía. Tú sabes que no tengo otra Madre más que vos a quien consultar mis penas, salváme de ellas.

— Madre mía cuanto os debo. Hacedme buena y dadme el don de la humildad y paciencia.

— Virgen Santísima. Los primeros dineros que mi papáico ha ganado a su regreso, en acción de gracias por habernos reunido con salud. Dadnos suerte.

— Madre mía, mi consuelo y mi todo, no me abandones, sabéis que aunque peccadora os quiero mucho, y siempre en todo veo vuestra mano poderosa.

— Madre del alma. No podemos daros más. Concedénos salud y danos suerte.

— Madre mía. Vuelto de mi viaje vengo a veros para que me protejáis siempre y no pierda vuestra gracia. Cerraremos estas cuartillas reproduciendo lo que un sacerdote ilustre, el Magistrado de la Catedral de este Obispado, don Saturnino Fernández, dice en ese libro de oro:

«Madre mía. Sean las primeras líneas que escribe mi mano temblorosa, la expresión del hijo agradecido que envía en efusiones de amor a su Virgen queridísima, los afectos más puros del alma, hondamente sentidos en momentos de amargura infinita. Tu omnipotente protección me ha salvado de la horrible enfermedad que resignadamente he sufrido. ¡Bendita seas!»

FRANCISCO DE ASÍS.

JUNTA de Protección a la Infancia

Número premiado hoy

4